



CEU

*Universidad
San Pablo*

DISCURSO

FESTIVIDAD DE SAN ISIDORO DE SEVILLA

Ilmo. Sr. D. Jose Francisco Serrano Oceja

Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación
Universidad CEU San Pablo

30 de abril de 2009

“HAY QUE IR POR DELANTE”

Excelentísimo y magnífico señor Rector honorario y profesor emérito de nuestra Facultad, Excmo. señor Patrono de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU, ilustrísimos señores Vicerrectores, querido equipo decanal, directores de departamento, coordinadores de titulación, distinguidos profesores de la Facultad, Personal de Administración y Servicios, alumnos, alumnos premiados, amigos todos,

Hacia el final del décimo libro de la *Ética a Nicómaco*, Aristóteles afirmaba que los argumentos son por sí insuficientes para hacer buenos a los seres humanos. Bellas palabras de Aristóteles las que ahora quiero compartir con todos vosotros: “El razonamiento y la enseñanza no tienen, quizá, fuerza en todos los casos, sino que el alma del discípulo, como tierra que ha de nutrir la semilla, debe primero ser cultivada por los hábitos para deleitarse u odiar las cosas propiamente, pues el que vive según sus pasiones no escuchará la razón que intente disuadirlo ni la comprenderá, y si él está dispuesto, ¿cómo puede ser persuadido a cambiar? En general, la pasión parece ceder no al argumento sino a la fuerza; así el carácter debe estar de alguna manera predispuesto para la virtud amando lo que es noble y teniendo aversión a los vergonzoso” (Libro X, 1179b-1180a)



CEU
*Universidad
San Pablo*

Los argumentos pueden ciertamente incitar a las personas a la propensión hacia la virtud, nadie les niega así su poder teórico. Pero como uno de los distinguos de la percepción de la bondad, o de la bondad ya lograda, es estar dispuestos a ceder ante los argumentos, a lo que os quiero invitar esta mañana es a la habituación práctica, a que nos acostumbremos, al ejercicio de las virtudes universitarias que, ineludiblemente, tienen que preceder a la educación y proceder de una comprensión de lo humano y, por tanto, de una teoría moral.

Lo primero que debo es agradeceros la grandeza de espíritu universitario con la que habéis colaborado en el desarrollo de los Planes de Estudio y en las tareas del día a día de la Facultad. La generosidad hace grandes a los hombres y a las Instituciones. Muchas veces, en la vida, de lo que se trata no es de estar sólo en un sitio. Vosotros estáis en y con la Facultad, y esto es lo único que nos puede hacer grandes. Ahora, y durante los próximos años, todos juntos, vosotros y yo, vosotros y el equipo decanal, directores de departamento, coordinadores de titulación, todos, construiremos una Facultad a la altura de lo que la Institución que nos funda espera de nosotros.

Creo que después de un largo y proceloso itinerario de elaboración de unos nuevos Planes de estudio; después de los acuerdos y desacuerdos de varias raíces y razones, nos encontramos en un momento en el que algunas controversias clásicas, en el interno y en el externo de nuestra Facultad, deben resolverse. Sería lamentable que no aprovecháramos esta oportunidad histórica para, al menos, hacer constructivos nuestros desacuerdos en pos del bien común que debemos preservar en nuestra Facultad.

La historia es, siempre, elocuente. En varios momentos del proceso de Bolonia, de las idas y venidas de las alegaciones a la ANECA, recordé el caso de la Universidad de París del siglo XIII. En su narración de la fundación de esa Universidad, Stephen C. Ferruolo ha demostrado que el impulso necesario para la fundación de la universidad no surgió sólo, ni principalmente, del consenso de los maestros de las distintas escuelas, sino del acuerdo entre los intereses de todos y de cada uno, de las componendas, de las cesiones estratégicas, de los cálculos de reparto de poder e influencia. Cuando Roberto Curso, legado papal responsable de los estatutos de 1214 y él mismo antiguo maestro, los diseñó, lo hizo con un ojo puesto en las conclusiones alcanzadas por los mismos maestros sobre diversas cuestiones morales, curriculares y universitarias.

La Universidad de París, como nos recuerda MacIntyre en un reciente ensayo, “era el ejemplo de cómo una universidad no sólo sirve al bien común de una universidad más amplia, sino que, como comunidad tiene su propio y particular bien, el bien común de la universidad. Este bien común sólo podía ser aprehendido en la práctica por los que participaban en el conjunto relevante de prácticas de enseñanza y de investigación, y, aunque las pasiones y los intereses estuvieran, como siempre lo están, prontos a distraer y corromper, la historia siguiente de la universidad estuvo marcada por un debate continuo acerca de cómo entender el bien común de la universidad y cuál era su relación con el bien común más general” (MACINTYRE, 2008; 106-107).

El pasado está pasado. Lo dramático de la situación sería que ese esfuerzo por proponer una concepción íntegra, humanista, de la comunicación y del periodismo no tuviera viabilidad por la carencia de un acuerdo respecto a los fundamentos de la comunicación y del periodismo, por sus referentes conceptuales, sus marcos teóricos y sus diseños curriculares.

Siempre pensé que la causa de nuestros errores puede brotar del hecho de vivir, trabajar, enseñar, sin una finalidad definida, explícita, que sea el faro que ilumine nuestros desvelos, que clarifique las orientaciones y las controversias. La ausencia de finalidad conduce a la generalizada “pérdida de sentido”. Mis palabras son una invitación a recuperar, como espíritu de la Facultad que estamos construyendo, la finalidad para la que la Universidad CEU san Pablo, obra educativa de la Asociación Católica de Propagandistas, constituye una Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación. Así como el hombre puede definirse mejor por sus aspiraciones como persona que por sus logros efectivos, nuestra Facultad se definirá mejor por nuestras aspiraciones que por nuestras realizaciones.

Debemos romper con las rutinas que atenazan el día a día, para que cada día, sea una nueva oportunidad de construcción de ese bien común de la facultad. En la experiencia de la gestión docente, con frecuencia, uno se encuentra con la cuestión de para qué sirve la Facultad, la Universidad, máxime en un campo tan minado de préstamos conceptuales como el de la Comunicación y el Periodismo. Cuando a una comunidad universitaria, cuando a una Facultad, se le pide que se justifique a sí misma –cuántas veces hemos tenido, en estos meses pasados que justificar nuestra



CEU
*Universidad
San Pablo*

existencia, nuestra historia, nuestro proyecto- especificando cuáles su función peculiar y esencial, esa función que, en el caso que no existiera no podría desempeñar ninguna otra institución, la respuesta de dicha comunidad tiene que ser que la facultad es un sitio, una comunidad, una forma de comunión, en la que se elaboran concepciones y criterios de justificación racional que los hace funcionar en las detalladas prácticas de investigación y que los evalúa racionalmente.

He tenido la impresión de que, en los últimos años, hay un nivel notablemente alto de destreza en el tratamiento estricto de cuestiones de detalle, en la exposición de la serie de interpretaciones sobre el objeto de nuestras materias, en la valoración de la validez de los supuestos de éste o aquel argumento. Hay un consenso sobre los ejercicios de destrezas profesionales, en la exposición de un número de doctrinas, las cuales defienden las principales posiciones contendientes de cada disciplina. Me ha dado la impresión de que nuestras divisiones pueden llegar a ser tan profundas que nos enfrentemos a concepciones de racionalidad auténticamente rivales. Como señala el que fuera rector de la Universidad de Einstät, el profesor Nikolaus Lobkowitz, el problema principal de nuestro tiempo es, de hecho, la incapacidad de confrontarnos con nosotros mismos y de afrontar las cuestiones que verdaderamente cuentan. La riqueza, la diferencia de nuestra Facultad respecto a otras, no consiste en que seamos transmisores de las más variadas teorías, concepciones sobre la comunicación y el periodismo, sino que partamos de un presupuesto común de perspectiva capaz de conformar un juicio sobre la validez de esas teorías y formas prácticas de la comunicación y del periodismo. Un presupuesto que no es otro que el que da sentido a la existencia de este centro académico: una comprensión de la persona capaz de la verdad sobre la realidad, oyente de la Palabra de Dios que se hace historia.

En una reciente conferencia en Madrid, el cardenal Paul Poupard señaló: “La misión propia de la universidad, y principalmente de la Universidad católica, es la «diakonía de la verdad», el servicio apasionado a la verdad. Para la Universidad Católica, ésta es su manera de servir, al mismo tiempo, a la dignidad del hombre y a la causa de la Iglesia, que tiene «la íntima convicción de que la verdad es su verdadera aliada y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe». Colocar en el primer puesto el servicio a la verdad no es una simple cuestión metodológica; es una opción grávida de consecuencias. Significa colocar en el centro de la comunidad universitaria a la persona humana, dotada de capacidad racional y de voluntad libre, que es quien experimenta el gozo por la verdad, y el inagotable deseo humano de encontrar el esplendor de la belleza, la perfección y gloria de la obra y de su artífice. Esta visión conlleva al mismo tiempo el horror a la mentira y a la impostura, el vivo deseo de evitar todo sofisma y de aprisionar la verdad en la injusticia, como previene San Pablo. Preferir la verdad a la mentira no es solamente un acto propio de la capacidad cognoscitiva del intelecto humano, sino también un acto propio de la libertad que busca el bien, y con ello, la realización plena del sentido de la existencia”.

Sólo quienes han experimentado esa habituación estarán en posición de teorizar correctamente acerca de los asuntos de la praxis. Sólo transmitiremos educativamente aquello que nos colma y se nos muestra merecedor de ser transmitido. Un autor contemporáneo ha escrito que “La crux que experimenta la educación contemporánea estriba en que en vez de ser la introducción a una realidad significativa, acaba iniciando a las nuevas generaciones en una conversación intrascendente en la

que cada uno expresa sus gustos, pero en la que nadie cree que puedan proporcionarse razones que los avalen” (BARRIO, 2009; 21). Ya Sócrates, a través de los diálogos de Platón, nos enseñó que los docentes sólo podemos hacer partícipes a los otros de lo que nos convence, de lo que nos colma. Para G. Steiner, la tarea del maestro es “inducir en otros el amor por lo que nosotros amamos”. Dice así: “La *libido sciendi*, el deseo de conocimiento, el ansia de comprender, está graba en los mejores hombres y mujeres. También lo está la vocación de enseñar. No hay oficio más privilegiado. Despertar en otros seres humanos poderes, sueños que están más allá de los muertos (...)” (STEINER 173; 2004).

En este sentido, permitidme que haga público un deseo. En los orígenes de la escuela de Periodismo de El Debate, se encontraba una iniciativa del primer presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, Ángel Herrera Oria: puso en marcha en el Centro de Madrid un Círculo de Estudios -el Círculo de Estudios Balmes- que trataba en profundidad cuestiones como la Escuela de Periodismo. Según González Ruiz y Martín Martínez (1968; 134-135), “entre los problemas que solicitan la atención de los propagandistas figura el de la Prensa. A él, en 1926, año tercero de la dictadura, se le dedica singular atención hasta el punto de constituir bajo el nombre de Balmes un Círculo de Estudios especializado. ‘Hay que ir por delante’ es la tesis del presidente. Y a esta conveniencia indudable obedece el que la Asociación, por medio de *El Debate*, se preocupe de ir elaborando una ley de Prensa y que se funde la primera Escuela de Periodismo que conoció España”.

Todos los que integraron el Círculo de Estudios Balmes –según queda reflejado en el *Boletín de la A.C.N. de P.*- eran “periodistas y periodistas de *El Debate*” y entre sus primeros trabajos, además de los que reseñan González Ruiz y Martín Martínez, se encontraban “el estudio a fondo los tratados de Periodismo y la historia de los principales periodistas del extranjero”. Herrera Oria, además, se sirvió de este Círculo de Estudios para informar a los propagandistas del desarrollo de la Escuela y de sus frutos. Solicitaré en los próximos días, por escrito, al Presidente de la Asociación Católica de Propaganditas y de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU la creación de un Círculo de Estudios Jaime Balmes sobre la actual situación de la Comunicación y del Periodismo, y sus implicaciones en el desarrollo de los programas formativos en estas materias dentro de las Obras educativas, con la finalidad de cumplir la voluntad de nuestro primer Presidente: “Hay que ir por delante”, en la Comunicación, en el Periodismo, en la Publicidad y también en el Cine. “Hay que ir por delante”. Aunque no olvidemos lo que decía Hölderlin: “Donde comiences, allí permanecerás” o la clásica descripción que Aristóteles hace del conocimiento intelectual, como un “avance hacia sí mismo”, iremos hacia delante, si cada vez más conocemos mejor lo que hemos sido, lo que somos, y lo que podemos. Si cada vez más nos conocemos mejor a nosotros mismos. Amigos, “Hay que ir por delante”.

He dicho